

Bajo el peligro de perder el crédito, debo confesar que he dedicado una parte considerable de mi vida a los pensamientos de otras personas. Se me va la vida fantaseando en las especulaciones de otros. Me encanta perderme en las mentes de otros hombres. Cuando no estoy caminando, estoy leyendo.

Charles Lamb
(1775-1834)



Vicios solitarios

El príncipe Caspian
Por C. S. Lewis
Ed. Destino
280 pp.



El príncipe Caspian es el cuarto libro de la colección de Narnia. Escrito por C. S. Lewis, este libro trata de aventuras en otro mundo llamado Narnia, donde habitan duendes, elfos, driadas, centauros, animales parlantes, etc. En este caso, se trata de un niño, Caspian, que era príncipe y era educado por su malvado tío, el Rey Miraz. En esos tiempos, no había seres fantásticos como antes sino solamente humanos, pues los habían echado del reino.

Cuando Caspian descubre que está destinado a ser rey, reúne los ejércitos de los viejos narnianos y hace sonar el cuerno mágico de la reina Susan, y trae de regreso a los antiguos reyes y reinas de Narnia: Peter, Susan, Edmund, y Lucy, para combatir al ejército de Miraz y ganar la paz entre los viejos narnianos. (Javier Ricaño Paz, 11 años)

El encanto de las circunstancias*

□ Robert Louis Stevenson □

Robert Louis Stevenson nació en Edimburgo en 1850 y murió en Samoa en 1894. Considerado por Borges como uno de los mejores escritores de la historia, su nombre es sinónimo de las más populares novelas fantásticas y de aventuras. Autor de *La isla del tesoro* y de *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, amigo de Mark Twain, aventurero, viajero y romántico irredento, sus consideraciones sobre la lectura y los jóvenes lectores siguen siendo tan actuales y poderosas como sus relatos.

Si hay algo que propiamente pueda conocerse con el nombre de lectura, habría de ser una actividad voluptuosa y absorbente; debiéramos recrearnos en el libro, ensimismarnos, y emerger de la lectura con la mente colmada de la más viva y caleidoscópica danza de imágenes, incapaces de conciliar el sueño o de desarrollar un pensamiento continuado. Si el libro es expresivo, las palabras deberían desde ese momento sonar en nuestros oídos como el ruido de las rompientes, y el relato, si es un relato, debería reaparecer ante nuestros ojos en mil viñetas coloreadas.

A causa de este último placer leíamos tan atentamente y queríamos tanto nuestros libros en el luminoso y agitado período de la infancia. La elocuencia y el pensamiento, el carácter y la conversación, eran meros obstáculos que debíamos ignorar mientras escarbábamos alegremente en busca de un cierto tipo de incidentes, como puercos que buscan trufas. Por mi parte, me gustaba que el relato empezase en una vieja posada al borde del camino, donde, «hacia el final del año 17...», unos caballeros con sombreros de tres picos jugaban a los bolos. Un amigo mío prefería las costas de Malabar bajo la tormenta, un barco que daba tumbos hacia barlovento, y un individuo ceñudo de proporciones hercúleas que recorría la playa a grandes zancadas, que seguramente era un pirata. Mi doméstica imaginación no llegaba tan lejos, y todo ello convenía a un lienzo mayor que el de las narraciones que yo apreciaba. Un saltador de caminos ya me hacía rebosar de felicidad; bastaba con un jacobita, pero el saltador de caminos era mi plato favorito. Todavía recuerdo el jovial estruendo de cascos en el sendero iluminado por la luna; la noche y la alborada se asocian aún en mi mente a las andanzas de John Rann o Jerry Abershaw; y las expresiones «el correo», «la gran carretera del norte», «mozo de cuadra», «rocín», todavía resuenan en mis oídos como poesía.

Pero al menos, en nuestra infancia, todos y cada uno de nosotros, y cada uno con su fantasía particular, leíamos historias no por la elocuencia, las ideas o los caracteres, sino por alguna cualidad de la trama bruta. No se trataba simplemente de que hubiese derramamientos de sangre o prodigios. Aunque en su momento éstos fueran bien acogidos, el encanto que nos empujaba a leer provenía de un elemento ajeno a ambos. Mis mayores solían leer las novelas en voz alta, y todavía recuerdo cuatro pasajes diferentes que, antes de cumplir los diez años, escuché con el mismo duradero y ácido placer. Más tarde descubrí que uno era el comienzo admirable de *Qué hará él con ello*; no es de extrañar que me gustase. Los otros tres están aún por identificar. De uno de ellos conservo un recuerdo un poco impreciso: una casa grande y oscura en la noche, y unas personas que suben a tientas las escaleras a la luz que se filtraba por la puerta abierta de la habitación de un enfermo. En otro, un amante abandona el baile y pasea por un parque fresco y húmedo desde donde puede observar las ventanas

iluminadas y las figuras de los bailarines al moverse. En el último, un poeta que había estado discutiendo trágicamente con su mujer recorre la playa en una noche tempestuosa y presencia los horrores de un naufragio. Estas preferencias tempranas tienen una nota en común: todas ellas tienen una pincelada de romanticismo.

En la vida una circunstancia pide otra; hay una lógica en los acontecimientos y en los lugares. La visión de una pérgola agradable suscita en nuestra imaginación el deseo de sentarnos en ella. Un lugar sugiere trabajo, otro ocio, otro madrugones y largas caminatas bajo el rocío. El efecto de la noche, de corrientes de agua, de ciudades iluminadas, del despertar del día, de los barcos, del océano abierto, evoca en nuestra sensibilidad un tropel de deseos y de placeres anónimos. Sentimos que algo debería ocurrir; no sabemos qué, pero proseguimos en su busca. (...)



Pues bien, éste es uno de los apetitos naturales con los que debe contar cualquier literatura viva. El deseo de conocimiento y, casi añadiré, de sustancia no está más profundamente arraigado que la demanda de incidentes verosímiles y sorprendentes. (...) El elemento justo habría de estar en el lugar justo, y ser seguido por otro elemento justo; y no sólo los personajes se expresan apropiadamente y piensan con naturalidad, sino que todas las circunstancias de la narración responden unas a otras, como notas musicales. De tanto en tanto, los hilos de la narración se juntan y tejen una imagen en la trama; de tanto en tanto, los personajes adoptan una determinada actitud hacia los otros o hacia la naturaleza, lo cual permite visualizar la historia como si fuera una ilustración.

Crusoe retrocediendo al ver las huellas, Aquiles vociferando contra los troyanos, Ulises tensando su arco enorme, Cristiano corriendo con las manos en los oídos, son momentos culminantes de esas leyendas, y cada uno de ellos queda grabado en nuestra imaginación con caracteres indelebles. Tal vez olvidemos otros pormenores; tal vez las palabras, aunque sean bellas: o incluso el comentario donde, acaso, el autor se mostraba sincero y penetrante; pero estas escenas memorables que ponen la última nota de sinceridad a la historia y colman, de un golpe, nuestra capacidad de placer solidario, repo-

san de tal suerte en el fondo de nuestro espíritu que ni el tiempo ni la marea pueden borrar o debilitar su impresión. Éste es el lado plástico de la literatura: condensar carácter, pensamiento o emotividad en alguna acción o actitud que sorprende vivamente a nuestra fantasía. Comparado con éste, cualquier otro propósito en literatura, salvo el puramente lírico o filosófico, es bastardo por naturaleza, de fácil ejecución y pobres resultados. (...)

Los ingleses de hoy tienden, no sé por qué razón, a despreciar un tanto los incidentes y reservan toda su admiración para el tintineo de las cucharillas y las inflexiones del cura. Se considera que es inteligente escribir una novela sin argumento, o cuando menos con uno muy aburrido.

Un amigo mío, herrero galés, contaba veinticinco años de edad y no sabía leer ni escribir cuando escuchó por primera vez un capítulo del *Robinson*, leído en voz alta en la cocina de una granja. Hasta ese momento había reposado satisfecho, acurrucado en su ignorancia, pero cuando dejó el campo era otro hombre. Según parecía, había ensueños, ensueños divinos, escritos, impresos y encuadernados, que podían comprarse con dinero y disfrutarse sin trabas. Aquel mismo día se puso a trabajar, aprendió arduamente a leer el galés y regresó para pedir prestado el libro. Éste se había extraviado y no pudo encontrar más ejemplares que uno en inglés. De nuevo se puso a trabajar, aprendió inglés y al cabo, con profundo regocijo, pudo leer *Robinson*.

Se diría que es la historia de una persecución amorosa. ¿Se habría encendido con el mismo caballeroso ardor de haber leído una carta de Clarissa?, me pregunto. Y, sin embargo, *Clarissa* reúne todas las cualidades que pueden darse en la prosa, salvo una: la de la novela pictórica o creadora de imágenes. Mientras que el *Robinson*, en buena medida y para la abrumadora mayoría de los lectores, se sostiene merced al encanto de las circunstancias.

Éste es uno de los apetitos naturales con los que debe contar cualquier literatura viva: la demanda de incidentes verosímiles y sorprendentes.

¹ *What Will He Do With It?*, popular serial de Bulwer Lytton publicado entre 1857 y 1859 en la *Blackwood's Magazine* bajo el seudónimo de *Pisistratus Caxton*.

*Fragmento de *A Gossip on Romance*, tomado de Project Gutenberg, www.gutenberg.org/files/10761/10761.txt